

BICENTENARIO
Dostoievski

1821-2021

Quiero aprender a decir la verdad.



ALBA



F. M. Dostoievski. Grabado en madera, 1869. A. Ya. Daugel

La literatura de Fiódor Mijáilovich Dostoievski –nacido el 11 de noviembre de 1821– es hoy incuestionablemente universal, a la altura de la de otros maestros rusos del siglo XIX como Pushkin, Gógol, Turguénev, Tolstói y Chéjov. Pero este proceso de reconocimiento no empezó en realidad en Rusia hasta poco antes de su muerte, especialmente cuando el 7 de junio de 1880 pronunció su célebre *Discurso sobre Pushkin* con motivo de la inauguración de una estatua del poeta en Moscú. Seis meses después fallecía a los cincuenta y nueve años, y su entierro al cabo de tres días, el 12 de febrero de 1881, en el monasterio de Aleksandr Nevski de San Petersburgo, tuvo prácticamente honores de Estado. Sus contemporáneos no fueron, en general, muy entusiastas de su obra: Tolstói, por ejemplo, no empezó a leerlo hasta después de su muerte. Con la Revolución, se le declaró contrarrevolucionario, y es conocida la protesta de Gorki: «¡Hay algo más que bestias y ladrones dentro de nosotros! Y Dostoievski solo los veía a ellos». En la Unión Soviética no fue

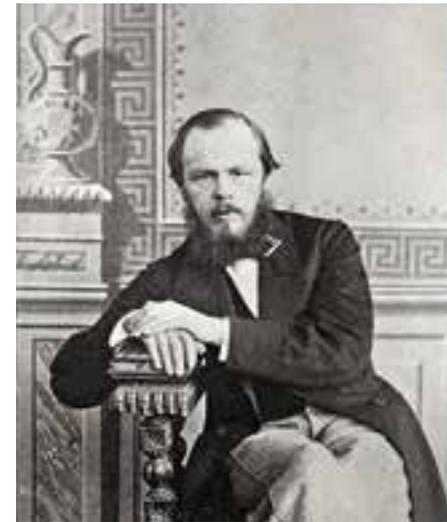


F. M. Dostoievski y Ch. Ch. Valikhanov, 1858. Foto de Salomon (Shleima) Leibin

rehabilitado *de facto* hasta 1960, mientras en Estados Unidos su compatriota exiliado Nabókov lo calificaba públicamente de «escritor mediocre».

Por fortuna, el bando de los detractores fue superado por el de los admiradores, que son los que han hecho de Dostoievski una figura universal. Aunque tarde, Tolstói reconoció sus virtudes, mientras en Inglaterra Robert Louis Stevenson proclamaba, en 1887, que *Crimen y castigo* era el mejor libro que había leído «en diez años». Nietzsche decía que Dostoievski era «el único psicólogo» que tenía que enseñarle «algo». Para André Gide, *Los hermanos Karamázov* era «la mejor novela jamás escrita» y Thomas Mann sentía una «profunda, mística reverencia» por los proscritos, genios, enfermos, santos y criminales que pueblan su obra... los mismos personajes que Proust adoraría porque eran «más fantásticos que las figuras de la *Ronda nocturna* de Rembrandt».





F. M. Dostoievski, 1862. Foto de A. O. Bauman

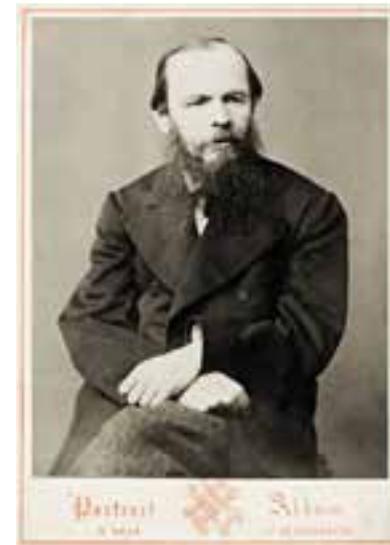
Hoy, superado el enfrentamiento entre detractores y admiradores, la obra de Dostoievski permite una lectura más reposada y, de hecho, resaltar en ella méritos ajenos a las antiguas polémicas. Podemos destacar, por ejemplo, el talento cómico, vovodileasco, el ingenio escénico que despliega en grandes novelas como *El idiota*, *Los demonios* y *Los hermanos Karamázov*. O podemos leer esta última junto con *Crimen y castigo* como auténticos *thrillers*, prototipos de novela detectivesca, porque también lo son. Hoy Dostoievski no es solo un profeta crispado, el genio de la angustia, la perdición y la redención sino un gran humorista, un grandísimo creador de tramas con suspense, un innovador en lo que el crítico formalista Mijaíl M. Bajtín denominó la estructura «polifónica» de sus novelas, y un narrador de una complejidad y con unos recursos descomunales de los que aún se sirven hasta las series televisivas de hoy.



F. M. Dostoevski. Foto de un autor desconocido

Dostoevski empezó su carrera en 1845 con una pequeña novela, *Pobre gente* (ALBA MINUS núm. 70), un intercambio de cartas entre dos enamorados grises y desdichados, que fue todo un éxito y que aún hoy es un ejemplo de lo que puede llegarse a conseguir con una primera novela. Sin embargo, en los años siguientes publicaría relatos como *El doble* (1846) y *Noches blancas* (1848) que en los círculos literarios fueron recibidos con desdén. Turguénev y sus contertulios lo llamaban «el caballero de la triste figura» (Dostoevski se tomaría la revancha con los años, parodiando cruelmente a Turguénev en el personaje de Karmazínov de *Los demonios*). Vinieron años duros: detención y procesamiento por pertenencia al Círculo Petráshovski, de tendencias socialistas utópicas, simulacro de fusilamiento, diez años de trabajos forzados en Siberia y sometimiento a las leyes militares. En 1862 recrearía su experiencia en *Memorias de la casa muerta* (ALBA MINUS núm. 55), uno de los primeros ejemplos





F. M. Dostoievski, 1876. Foto de N. Doss

de literatura carcelaria, que Tolstói no vacilaría en considerar su «mejor libro». Y un año antes, en 1861, había publicado su primera novela larga, *Humillados y ofendidos* (ALBA MINUS núm. 85), narrada por un escritor que, como él, después del éxito de su primera obra, se ha visto apartado de la fama literaria; no es extraño que Oscar Wilde percibiera en ella «la nota de sentimiento personal, la realidad áspera de la experiencia auténtica».

En la década de 1860 vieron la luz algunas pequeñas novelas que luego serían emblemáticas, como *Apuntes del subsuelo* (1864) y *El jugador* (1866), y sus primeras obras maestras: *Crimen y castigo* (1866; ALBA CLÁSICA MAIOR núm. LXXII) y *El idiota* (1868-1869; ALBA CLÁSICA MAIOR núm. LXXIX). En la primera introdujo a un joven tortuoso y criminal, Raskólnikov, en la galería de personajes inmortales de la literatura; en la segunda introdujo uno más, el príncipe Myshkin, el ángel epiléptico, el



F. M. Dostoievski, 1879. Foto de K. A. Shapiro

«príncipe de los locos» –como lo llamó Antonia S. Byatt–, que no sabe cómo plégarse a la sociedad (porque, si supiera, tan bueno es que lo haría).

En la década de 1870 dedicó mucho tiempo a una columna de aparición irregular en el periódico conservador *El Ciudadano*, del cual fue también editor. El título de su colaboración era *Diario de un escritor*, que en 1876 se convirtió en un diario autónomo, íntegramente escrito y dirigido por él: de este gigantesco compendio de artículos, memorias, cuentos y reportajes Alba ha publicado una extensa selección (ALBA MINUS núm. 50). En 1872 había escrito *Los demonios* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. LXVIII), la primera novela sobre una célula terrorista, que le ganó para siempre la antipatía de los progresistas y radicales, a los que satirizó y condenó en una trama caótica y violenta como la de una tragedia clásica. En 1875, *El adolescente* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. LXXXV) había pasado más desapercibida, sin agitar la



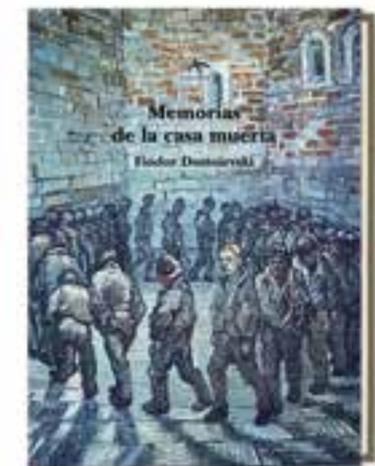
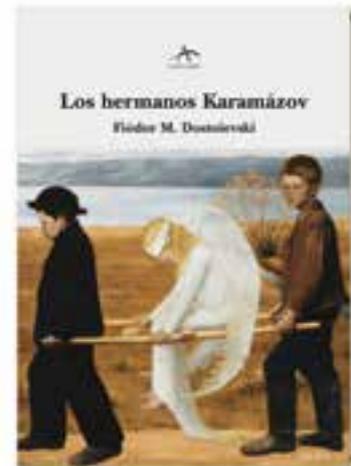
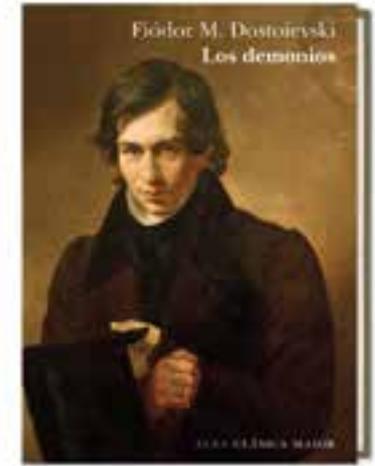
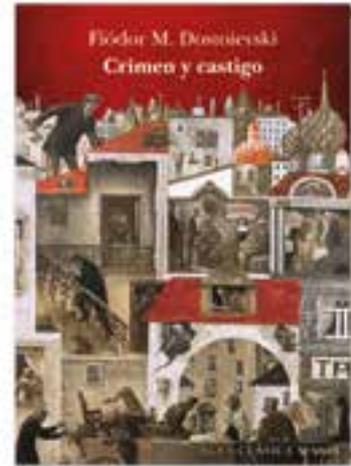
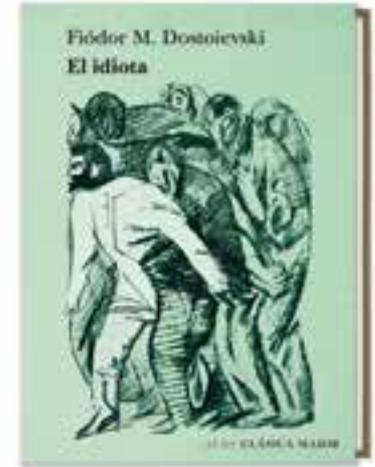
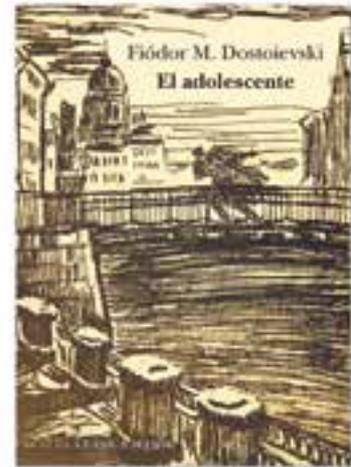
El ángel herido, Hugo Simberg (1873-1917)

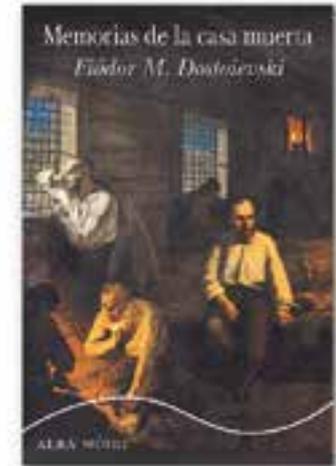
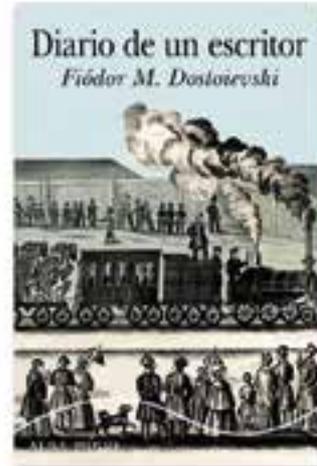
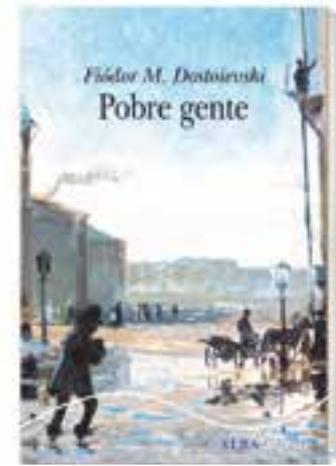
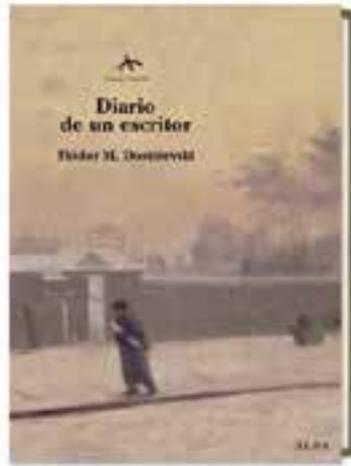
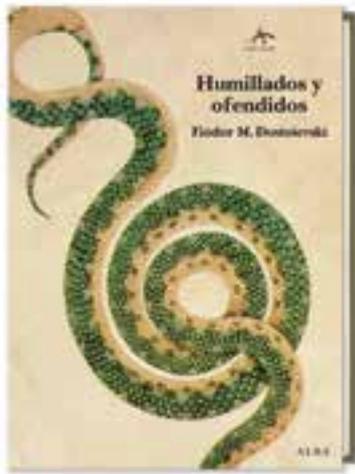


F. M. Dostoievski en su féretro. Edición de K. A. Shapiro y dibujo de N. Bogdanov, 1881

opinión pública: esta incursión en el género de la novela de formación mezclaba hábilmente, sin embargo, la búsqueda de un nuevo orden ético con la búsqueda de una nueva forma estética de exponer la experiencia de la vida.

La última novela de Dostoievski sería la monumental *Los hermanos Karamázov* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. LVIII), donde persistiría en esa búsqueda de identificación entre universo moral y técnica narrativa, reuniendo además en ella todos los tipos de héroe que hasta entonces había tratado: el racionalista cínico, el ángel humano, el orgulloso que apela frenéticamente al «derecho al deshonor» y el extraviado sin rumbo cuya vida no es más que una sucesión de tragicómicos disparates. Un personaje de Kurt Vonnegut diría en *Matadero 5* (1969) que en ella se encuentra «todo cuanto hay que saber en la vida». Transmitir «lecciones de vida» fue siempre una de las grandes preocupaciones del autor y seguramente la causa de que la posteridad le haya otorgado, de generación en generación, una vigencia que ha llegado hasta nuestros días.







ALBA

Baixada de St. Miquel, 1, bajos
08002 Barcelona
albaeditorial.es
info@albaeditorial.es